

Ruth, la del Día del Señor

«Yo soy Ruth, tu sierva...»

En aquel tiempo, ella fué Ruth, la sumisa y resignada moabita que no pedía sinó recoger las espigas caídas de los haces cosechados; iba entre los mancebos sin sonreírles ni alentarles, en camaradería inferior que solicita no ser discutida.»

Ahora, en nuestros tiempos, y en vigilias de esta fiesta tan rutilante del Corpus Christi, vemos destacar un sinnúmero de Ruths sumisas como Ruth la moabita, pero alegres y joviales. También van ellas a recoger. A recoger la retama y las flores silvestres para ofrecerlas en blanda alfombra al paso del Señor. Los montes y los senderos, los bosques y los campos conocen, cada año, el paso de estas alegres doncellas.

«Venimos por nuestras flores. Estas flores que siguen llevando la esencia de aquel sermón de la Montaña, Estas flores, que allá en aquel tiempo, también salían sencillas y jubilosas al paso del Maestro en su eterno Camino.»

La gracia colorida de las alfombras se esparce por nuestras calles como ofrenda eucarística de nuestras jóvenes. Como la ofrenda humilde, sin ostentaciones, de la sumisa Ruth de nuestros tiempos, de Ruth, la del Día del Señor.

ANCORA

SAN FELIU DE GUIXOLS 20 DE JUNIO 1957 - NÚM. 489 - AÑO IX



Una de las constantes de nuestro tiempo es la uniformidad, la indiferenciación, en cualquier aspecto de las agrupaciones y manifestaciones humanas.

Es curioso constatar que la inversión total de un orden procurada por las revoluciones francesa y rusa, especialmente por esta última, se ha reducido simplemente a dos semivolteretas. Desde luego, no era esta la meta, aunque haya sido el resultado.

El señorío, signo indeleble de una herencia medieval, tuvo que abandonar sus castillos, y bajó al llano, y edificó en él sus moradas.

El proletariado escaló el embudo de la fosa de su difícil situación, y echó a andar por la llanura, hatillo al hombro.

La clase media primitiva, la burguesía, se engrosó con la aportación de estas dos nuevas corrientes. Y uniformó extremos que parecían irreconciliables.

La clase media representa hoy la masa, la mayoría. Calificarla de clase única, quizás, resultaría excesivo. Sólo quizás, porque las cortas excepciones confirman la regla.

El sueño quimérico de los grandes pueblos proletarios no pasó de un sueño o de una pesadilla. La clase media se ha impuesto. Hay un verdadero ejército de «senyors Esteves», cada día más «senyors Esteves», más indiferenciados, más uniformes, con su pequeño huerto, con su tiendecita, con su negocio, con su consultorio, con su gran fábrica, no importa; todos moviéndose en la esfera reducida de sus respectivas actividades. Muy reducida, pese a haber ganado en cultura y en orgullo. ¡Algo significó la herencia de señorío...! No obstante, y paradójicamente, siguen con su eterna miopía, con su cortedad de anhelos, llenos de egoísmos, prisioneros de la trustienda de sus negocios. No hay, empero, en su actitud nada objetivamente censurable; sus de-

fectos son casi constitucionales. Pero por el hecho de no luchar contra ellos, por la poca voluntad de vencerlos, por el poco vuelo de sus anhelos espirituales, podemos acusar a esta clase media; clase dormida en un campo sin contrastes. Son los valores morales, en esencia, los que definen y distinguen al hombre de sus semejantes.

Y si hoy alguien pretende distinguirse, recurre a la nota discordante. Afán de ser vistos que no considerados. Y en el rebaño uniforme de las sociedades actuales, bastan unas plumas y un cacareo, para merecer la atención de los demás. Pero sólo un instante.

No hay caracteres recios, virtudes claras. Ni se fomentan. Incluso el orgullo del trabajo, el amor al trabajo, faltan, cuando tantas veces sirvieron de lema y de acicate. Muy pocos son los que ponen amor en sus tareas. Interés, codicia; no amor. Y sin amor, no hay eficiencia posible, real. Para la eficiencia no existe ambición; sí, para las ganancias. Y esta afición dorado-numérica, obsesiva es una de las principales causas de la uniformidad y desquiciamiento de toda sociedad. Sociedad de pequeños señores, sin el empaque digno y noble de nuestros viejos castellanos, y sin el afán de lucha, de superación, noble también, que animó a las primeras hermandades de trabajadores, de los que salud y sustento dependían únicamente de la salud y fuerza de sus manos.

La clase media creció, engrosada por dos corrientes. La clase media se ha impuesto. Su variedad de gamas se ha fundido en una sola denominación. Media. Y, como si se quisiera hacer honor a su nombre, la vemos integrada por desoladoras medianías.

¿No hay meta más alta?

¿No hay castillos del espíritu?

¿Una nueva Edad Media de Cruzadas...?

**LA PROXIMA SEMANA NO HABRA
EDICION DE ANCORA**

*por coincidir los días de su composición
con la Fiesta Mayor de la localidad
de los Talleres Gráficos.*